

Espiritualidad y desarrollo humano

Escandón Domínguez, Carlos

2015-03-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/504>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

ESPIRITUALIDAD Y DESARROLLO HUMANO

Carlos Escandón D. S.J.*

Existe, de hecho, un sentido religioso profundamente enraizado en las profundidades inconscientes de todos y cada uno de los hombres.
El hombre en busca del sentido último, VIKTOR FRANKL

Introducción

Viktor Frankl nos advierte que cuando la persona humana, sea hombre o mujer, niega la realidad del sufrimiento existencial genera automáticamente y en forma inconsciente una carga de sufrimiento neurótico carente de sentido, obstáculo del desarrollo humano y en mayor o menor grado autodestructivo.

¿Cuántas veces al no aceptar una pérdida quedamos atrapados en la inseguridad o la apatía para entablar auténticas relaciones humanas?, por señalar uno de muchos casos que hacen verdadera y sabia la afirmación de Viktor Frankl.

Así podemos generalizar la afirmación proponiendo que nuestras formas neuróticas son un freno al desarrollo humano, a la madurez de cada uno como persona humana y al mismo tiempo se da un estancamiento y hasta un retroceso en el crecimiento espiritual de los seres humanos.

Por eso acepté la amable invitación de Laura Romero para participar con ustedes en este Congreso de Psicología Humanista con el

* Doctor en Filosofía; director general de Promoción y Desarrollo Institucional en la UIA-GC.

tema de esta charla y agradezco a Laura y a los organizadores su confianza y la oportunidad que me brindan para compartir con ustedes mis dudas, mis reflexiones y mi experiencia.

Pido antes de presentarles la propuesta de mi participación, exponer a ustedes un antecedente que yo comparto con muchos estudiosos y creo da sentido y marco teórico a la propuesta que les ofreceré para ser entendida y dialogada esta tarde.

Es ya lugar común decir y oír que el nuevo siglo y milenio se anunció con un *cambio de época*, y con esto se comenzó a hablar en la última década del siglo XX de la *posmodernidad*.

Aceptado este cambio, debemos entender la problemática del tema espiritualidad y desarrollo humano desde los marcos epistemológicos de la modernidad y su transitar a la posmodernidad en estos primeros días del siglo XXI.

La edad moderna, que germina en el Renacimiento con una nueva visión del hombre y una nueva idea de la ciencia, florece en los siglos XVIII y XIX con los planteamientos contrarios gnoseológicos del racionalismo, por un lado, y del empirismo, por otro, que dieron finalmente el paso a la negación de la metafísica como ciencia. Se coronó el positivismo científico como el auténtico y válido conocimiento humano, ordenado y sistematizado por la fuerza lógica de la razón formal y cuantificado por la matemática.

Así las cosas, la psicología nace al final del XIX y principios del XX como ciencia positiva, por tanto fue siendo obvio que:

La ciencia negaba o al menos se desentendía de la metafísica y mucho más del conocimiento religioso; recordemos los tres estadios del saber humano en Augusto Comte, padre del positivismo.

La ciencia niega todo valor al fenómeno espiritual y por tanto a la espiritualidad como realidad trascendente en la conciencia del hombre.

La psicología científica interpreta la religión y el fenómeno religioso desde la experiencia medible del hombre. Recordemos la interpretación psicodinámica de Freud: el provenir de una ilusión, Moisés y la religión monoteísta.

Ahora bien, al afirmar un cambio de *época*, no solamente hablamos de cambios políticos, sociales o económicos, afirmamos ante todo un cambio *cultural* y por tanto un cambio en la concepción filosófica del hombre, del mundo y de Dios, para integrar las tres gran-

des *ideas* de la lógica trascendental en la razón pura de Kant. Para lograr esta nueva visión, esta nueva intelección de las ideas matrices de la cultura, es necesario revisar la lente con la cual veremos esa nueva constelación de realidades; esto es, tenemos que ver desde una nueva óptica epistemológica nuestros mundos exteriores casi infinitos y nuestro mundo interior virtualmente infinito.

Propuesta: En este partearguas de la posmodernidad, con todas las oscuridades y todas las incertidumbres de nuestro momento histórico, quiero proponerles que *no hay auténtico desarrollo humano sin un sano crecimiento espiritual.*

Para explicar mi propuesta y ponerla a su consideración, divido mi participación en tres partes y una conclusión. La primera parte aborda el prejuicio de la separación irreconciliable; la segunda es una reflexión sobre la espiritualidad y la corporalidad como partes integrantes de una sola realidad: el ser humano como un *todo*; en la tercera afirmamos que el crecimiento espiritual es nota imprescindible del desarrollo humano integral. Por último, en la conclusión no referimos la espiritualidad y el sentido último de la vida humana.

El prejuicio de la separación irreconciliable

Fue necesario el telescopio de Kepler para ver y estudiar los satélites de Júpiter y el anillo de Saturno. Asimismo, necesitamos el microscopio para maravillarnos con la vida y las luchas de los microorganismos. Con esta visión se corrigió la afirmación de la “generación espontánea.”

Es por tanto necesario, para entrar en la posmodernidad, limpiar los lentes y ajustar las armaduras de nuestros telescopios y microscopios epistemológicos para corregir nuestras afirmaciones que en la modernidad sostuvieron y sostuvimos como verdades absolutas que quizá estaban prejuiciadas, como la generación espontánea en biología.

Es por tanto un prejuicio la afirmación de que el desarrollo o madurez del ser humano está totalmente separado del crecimiento espiritual o, dicho de otra forma, que espiritualidad y desarrollo humano son realidades asimétricas y ajena una de otra. En otra forma de expresión: decir que la espiritualidad es un simple epifenó-

meno de suyo neurótico y por tanto contrario al desarrollo humano es una afirmación que debe observarse con otra lente para ver donde está el *prejuicio* de este juicio, de suyo falible como toda hipótesis científica.

El prejuicio asumido en la modernidad tiene tres dimensiones que expondré brevemente.

La primera es de carácter epistemológico y consiste en aceptar únicamente como verdadero lo que esté sujeto a la experiencia sensible y cuantificable. De aquí se hizo un juicio previo o se emitió un *pre*-juicio: todo lo que no se ve, no se mide, no se toca, no se experimenta es falso y por tanto *no existe*.

La segunda dimensión es de carácter antropológico y consecuencia de la primera, a saber: el ser humano es únicamente material, es solamente su corporalidad, por lo tanto toda su conducta debe explicarse desde su cuerpo; por lo cual no hay propiamente actividad espiritual; el conocimiento, la sensibilidad, la comunicación, la religiosidad, la conciencia, etc., son epifenómenos de la materia corporal.

El hombre, la mujer, el ser humano, se concibe como una realidad simple, en una forma reduccionista: *la materia* ubicada en un espacio y en un tiempo determinados.

La tercera corresponde a la concepción de la realidad, del ser mismo de las cosas; por lo tanto entramos en el supuesto metafísico. Aquí también se expresa el prejuicio en forma simple: *el ser es la materia*, por tanto, fuera del mundo o realidad material existe solamente nada; por esto todo lo que se afirma fuera de lo material es error o mentira, por ser nada, no es.

Es evidente que con este prejuicio la espiritualidad no tiene lugar en el desarrollo humano y quien lo sostenga o está en el error o es un mentiroso que trata de engañar a ignorantes para manipularlos.

Pero la modernidad se ha desmoronado y consiguientemente los fundamentos en que se apoyaba y se levantaba el prejuicio que venimos analizando.

La realidad es más que la materia y el ser humano tiene dimensiones que sobrepasan el espacio y el tiempo. Esta dimensión la llamamos espiritualidad.

Espiritualidad y corporalidad, partes integrantes de una sola realidad: el ser humano

A lo largo del ya milenario caminar trabajoso del ser humano sobre nuestro planeta, el péndulo de la filosofía ha oscilado entre el monismo y el dualismo en la interpretación de la naturaleza o esencia humana. En Occidente, a partir de Pitágoras y más tarde fuerte y filosóficamente sustentado por Platón en sus diálogos extraordinarios, el dualismo ha pervadido el pensamiento, la cultura y la vida toda del mundo así llamado occidental, nuestro mundo.

Este dualismo afirma que el hombre es un ente compuesto de cuerpo y alma como dos sustancias completas, unidas transitoriamente en lo que llamamos la vida humana en este mundo y cuya causa ambiguamente se supone es un castigo para la sustancia espiritual: el alma.

De esta concepción filosófica dualista se siguió identificar el bien con la naturaleza del alma y el mal con la del cuerpo. A partir de esta doble separación se siguió toda la doctrina de los opuestos o pares de contrarios: hombre-mujer, noche-día, ciudadano-extranjero, sabio-ignorante, frío-caliente, santo-perverso, sano-enfermo, etcétera.

En este dualismo antropológico, la espiritualidad era una fuga del mundo, de lo humano sensible, una negación de la sensación y de la afectividad. Los procesos espirituales tendían a la ascética de la privación represiva y al castigo de la corporalidad sin un sentido de integración, porque metafísicamente el cuerpo era parte integrante del mal o, mejor, era el mal mismo. Carne se hace sinónimo de pecado.

Fue el Renacimiento quien cuestionó el fundamento del dualismo y el modernismo del siglo XVIII llevó el péndulo filosófico al extremo opuesto: el *monismo materialista* del que hablé al inicio y que como corriente cultural se ha ido mezclando al dualismo imperante y ha luchado por la hegemonía en los siglos XIX y XX.

En esta forma de pensamiento la materia es todo y agota el *ser* del mundo y del hombre; por esto, toda la conducta humana se explica materialmente; por lo tanto, desarrollar al ser humano es desarrollar sus potencialidades corporales. Lo que se había llamado "*espiritual*" es sólo un epifenómeno material complejo, una sombra. Por lo tanto, no hay lugar para hablar de espiritualidad en el desarrollo del hombre.

El cambio de época que estamos viviendo nos lleva a recobrar la dimensión espiritual del hombre. ¿Nos condena esto a regresar al dualismo platónico? Efectivamente, existe este peligro; pero entre estos opuestos, dualismo-monismo, hay una superación dialéctica, una síntesis *hegeliana* en la no siempre bien comprendida antropología de Aristóteles: dos principios metafísicos, espíritu y materia, animalidad y racionalidad, alma y cuerpo, unidos en una *única substancia* existencial integrada: *el ser humano*.

Esta antropología es el supuesto metafísico de muchos maestros de la psicología humanista contemporánea, entre los que se sitúa como una técnica la psicoterapia Gestalt, que hoy nos convoca.

Un autor que me ha dado luz y al que voy a referirme en las líneas siguientes es Ken Wilber, autor de un libro sugerente e inspirador: *La conciencia sin fronteras*.

En el Prefacio de esta obra, Wilber nos recuerda el prejuicio de las rupturas del dualismo: "...al fracturar nuestra experiencia presente en diferentes partes separadas por fronteras, efectuamos una división artificial en compartimentos de lo que percibimos: sujeto frente a objeto, vida frente a muerte, mente frente a cuerpo...".

La consecuencia de lo anterior es, según el autor, "la infelicidad", porque "la vida es así, una sucesión de batallas (conflictos, angustias, sufrimientos y congojas)" (pág. 7).

¿Cómo superar la esquizofrenia del dualismo? ¿Cómo integrar nuestra alma con nuestro cuerpo?

En el bello capítulo octavo de libro, Wilber nos invita a meditar admirados estas preguntas con un texto paradójico: "Es evidente (escribe) que pocos de nosotros hemos perdido la cabeza, pero hace mucho tiempo que la mayoría hemos perdido el cuerpo."... "En un primer momento, la idea de recuperar el cuerpo puede parecer rara y sorprendente."

Efectivamente, el pensamiento dualista que ha dominado por siglos nuestra cultura ha incorporado la separación de alma y cuerpo, de entendimiento y sensación, de conciencia e inconsciencia, de ego y ello de tal manera que recuperar el cuerpo puede sonar a broma de mal gusto.

Sin embargo es hora de bajarnos del carruaje platónico tirado por briosos corceles tan bellamente descritos en el *Fedro*; es hora de que el jinete se baje del caballo para contemplar la misteriosa metáfora del mítico *centauro*.

Todo yo soy alma y todo yo soy cuerpo; no es mi alma, mi espíritu, un jinete que monta y cabalga un cuerpo, un caballo. Soy un centauro que al mismo tiempo soy cuerpo y alma, mente y sensación, racionalidad y animalidad.

Desde el dualismo no veo el mundo con mi cuerpo, sino sobre mi cuerpo; desde el dualismo no *soy* cuerpo sino que *tengo* un cuerpo, como un jinete tiene un caballo, pero el jinete no es el caballo. Mi cuerpo es *mío* pero no soy *yo*. El cuerpo comprendido por el dualismo termina proyectado fuera de la conciencia como *el otro* que no es uno mismo. Con la pérdida del cuerpo se desintegra, se desarticula, se desorganiza la totalidad del *ser humano*. “Abandonado el centauro, la persona se identifica con el ego intelectual, contraponiéndolo al cuerpo.”

Aceptar nuestra realidad mítica de *centauros* o nuestra realidad metafísica aristotélica de la unidad integral y sustancial del hombre “*unum per se*”, supone una conversión intelectual de la conciencia que nos causa cierto temor y provoca resistencia.

Wilber advierte: “En un nivel más profundo, *tememos* reclamar el cuerpo porque alberga con especial vivacidad sentimientos y emociones fuertes que son tabúes sociales. Y, en última instancia, evitamos el cuerpo porque es la morada de la muerte.” (pág. 140).

Las consecuencias de aceptar esta visión del *ser humano* son múltiples, increíbles y extrañas a nuestra forma dualista del vivir cotidiano. Por ejemplo, en esta unidad integral e integradora se borran las fronteras entre voluntario e involuntario, consciente e inconsciente, conceptual y sensible, eros y thanatos, dolor y gozo. Si desde la visión del centauro contemplamos nuestro mundo, se unen el pasado y el futuro en el presente fluyente y las fronteras del espacio se borran en un aquí integrador de los opuestos arriba y abajo, atrás y adelante, derecha e izquierda.

Sintetiza Wilber: “El nivel del centauro es el gran nivel del movimiento del potencial humano, del existencialismo, de las terapias humanistas, que toman como su supuesto básico la integración de la mente, cuerpo y emociones en una unidad de orden superior, una “totalidad más profunda.” (p. 156).

Rollo May lo expresa así: “Ni el ego (consciencia) ni el cuerpo (ello) ni el inconsciente pueden ser “*autónomos*”, sino que sólo pueden existir como partes de una totalidad”: *el ser humano*.

Carremos esta segunda parte afirmando lo que enunciamos en su título al inicio: “La espiritualidad y la corporalidad son partes integrantes de una sola realidad: *el ser humano*.”

El crecimiento espiritual, nota imprescindible del desarrollo humano integral

Con esta afirmación pongo a su consideración mi aportación al Congreso, respondiendo al tema al que fui invitado.

Quiero explicar mi concepción de la espiritualidad frente a un concepto afín, la religiosidad, y también en el contexto del desarrollo humano. Para esto acudo a la lectura de filósofos escolásticos y existencialistas y a maestros de la psicología humanista. Entre estos psicólogos he leído con gran gusto y provecho al doctor M. Scott Peck. En su libro *El crecimiento espiritual* se podrá ampliar lo que psicológicamente comparto ahora con ustedes.

Espiritualidad la asumo aquí como una propiedad del ser humano, de todo ser humano en su devenir histórico, desde el momento de nacer al momento de morir; es la cualidad que nos hace aprender diariamente y responder con escenarios y alternativas diversas a nuestra circunstancia, que en el pensamiento de Ortega y Gasset es parte de nuestra definición existencial: “*Yo soy yo y mi circunstancia*.”

Esta cualidad brota existencialmente de todo nuestro *ser humano* aunque trasciende la pura corporalidad. El hombre, nos dice Santo Tomás de Aquino, conoce connaturalmente con toda su naturaleza. La espiritualidad se manifiesta en la belleza del movimiento estético de una bailarina, en la ingenua sonrisa de un bebé o en la enorme admiración de sus ojos de transparente mirar, igualmente en la belleza de un lujurioso paisaje tropical o en el callado esplendor de un atardecer en la playa o en la montaña; pero igualmente se experimenta, se hace conciencia, en el místico impacto de una liturgia benedictina con sus cantos gregorianos, en la contemplación silenciosa del monje solitario del desierto o en el estudio nocturno del científico o del filósofo.

La religiosidad también es una propiedad universal de todo ser humano, por eso usé el epígrafe de Viktor Frankl. Podría yo afirmar que es un área específica de la espiritualidad en cuanto se refiere a la

necesidad de encontrar, descubrir y descansar gozosamente en el *ser* original y originante de toda la realidad como razón última y explicación de su sentido, y al descubrirlo encontrar el sentido de nuestro arduo vivir y de nuestro inevitable morir.

Las religiones, como dijo Gandhi, “son caminos diferentes que convergen en el mismo punto.” Desde el esquema de la separación, “Las religiones nos han lastimado a muchos”, afirma Scott Peck. El hombre se ha peleado por los caminos sin ver su convergencia o punto de llegada: su destino. Así los fundamentalismos religiosos han corrompido palabras sagradas y han extraviado a muchos seres humanos. Debemos por esto, según el autor citado, perdonar los errores de nuestra propia visión religiosa para crecer espiritualmente y no quedar petrificados en el camino como la mítica mujer de Lot.

En este contexto, el desarrollo humano lo entiendo como un concepto dinámico que incluye el crecimiento espiritual; es decir, lo humano incluye la espiritualidad y la corporalidad en su unidad integral que fuerte e inspiradoramente nos expresa la mítica imagen del centauro. Pero el ser humano no es una realidad que nace terminada, ni logra su perfección sino hasta el momento dramático y maravilloso de la muerte.

T. White en su libro: *The sword in the stone* nos narra una ingeniosa parábola que en síntesis dice:

Dios en su momento creador de la biosfera, reunió a todos los embriones y les dijo: “Voy a conceder tres deseos a cada uno de ustedes antes de concluir mi objetivo con cada uno” Fueron pasando así todos. Cada uno pidió una forma de realización definida y de esa manera fueron cuajando las naturalezas de la creación, pero al llegar al embrión humano, éste contestó tímidamente al creador:

Bueno, no deseo parecer vanidoso... no es que no esté... agradecido. pero... me preguntaba si quizá... si no tienes inconveniente,... si podría quedarme tal como soy... *un embrión*. Tal vez más adelante, cuando sea lo bastante inteligente para saber que tres cosas deseo, te las pueda pedir... o quizá si tú quieres que sea algo especial, me des las tres cosas que tú pienses que necesito.

Dios sonrió y dijo: “Ah, tú eres humano” (Scott Peck, pág. 130 y 131).

Bella parábola para expresar cómo cada uno de nosotros somos inacabados, no concluidos o encerrados por instintos de la especie; embriones que necesitan madurar y crecer. Por esto tiene sentido ha-

blar de desarrollo humano. Al mismo tiempo la parábola de White nos confronta con la diferencia o superación con los demás compañeros de viaje en nuestro peregrinar biológico y afirma implícitamente la espiritualidad como la razón de la exclamación admirativa de Dios: “¡Ah! tú eres humano”.

Así pues, la espiritualidad es nota integral, integradora e imprescindible de nuestro desarrollo humano. Por eso nos advierte Maslow, hablando de la autorrealización como plenitud de la pirámide del desarrollo humano: “Si deliberadamente planeas ser menos de lo que eres capaz de ser, te advierto que serás profundamente desdichado por el resto de tus días”. Por eso la autorrealización o el desarrollo humano está íntimamente unido con el significado de nuestra vida, nuestra vocación personal, nuestro objetivo.

Aplicando esta visión espiritual del desarrollo humano al proceso terapéutico, Wilber escribe: “Por esta... razón, los terapeutas que trabajan en el nivel existencial y del centauro también se preocupan profundamente por el significado fundamental de la vida, y no un significado yoico, sino uno que lo trascienda.” (p. 157).

Esta actitud terapéutica propuesta por Wilber tiene, utilizando sus propios términos, las siguientes consecuencias que superan el *tener* y el *hacer* para fincar el desarrollo humano en el *ser*:

Descubrir en la vida el significado del Centauro —el significado fundamental [de la vida]— es descubrir que los procesos mismos de la vida generan *alegría*. El significado no se encuentra en las acciones o posesiones externas (tener), sino en la irradiación de corrientes interiores de tu propio *ser* y en la liberación y relación de estas corrientes hacia y con el mundo (ecología), los amigos, la humanidad (relaciones interpersonales), el infinito mismo (Dios-religiosidad).

Conclusión

Queridos amigos, vengamos ya a una conclusión de esta relación entre la espiritualidad como propiedad de nuestro ser humano y el campo de nuestra vida profesional dedicado al desarrollo humano.

Al inicio cité a Viktor Frankl en referencia al sentido del sufrimiento existencial como impulso o freno de nuestro crecimiento espiritual

o de nuestro desarrollo como seres humanos. Después de nuestra reflexión conjunta con autores de la psicología humanista sobre la relación entre espiritualidad y desarrollo humano creo que podemos afirmar que a cada uno de nosotros y al ser humano en general, hombre o mujer de nuestro siglo y milenio que ya empezamos a vivir, no nos será posible desarrollarnos, crecer o autorrealizarnos humanamente si negamos nuestra propiedad espiritual para dar sentido cotidiano y último a nuestra breve existencia.

Trascender nuestro yo narcisista, que busca solamente el placer o el poder, nos orienta más allá del tener consumista y del hacer pragmático ambicioso, que nos envuelve en el torbellino del activismo con sus altos niveles de estrés y depresión. Nos invita e impulsa a *ser más* desde nuestra profundidad. “Cada vez que te diriges a ti mismo de la forma más honesta posible y en completa soledad, la entidad a la que te estás dirigiendo puede muy bien llamarse Dios.” (V. Frankl, p. 200).

Es aquí donde podemos dar significado a la vida, lo que Frankl señala como la gran carencia del hombre al final del siglo XX; quizá su añoranza nos acompaña al inicio del siglo XXI.

En esta línea del pensamiento, desde esta perspectiva, gustemos una vez más estas líneas de Wilber:

Encontrar verdadero significado a la vida es también aceptar la muerte en la vida, acoger la impermanencia de todo lo que es, liberar en el vacío, con cada exhalación, la totalidad de la unidad psicofísica. Entregarse incondicionalmente a la muerte con cada exhalación es renacer y regenerarse con cada inhalación. Por otra parte, retroceder ante la muerte y la impermanencia de cada momento es retroceder frente a la vida de cada momento puesto que ambas son una y la misma cosa.” (pp. 157 y 158).

Esta bella y comprensiva visión de la vida y su significado sólo se hace inteligible desde la perspectiva antropológica descrita del centauro, por eso concluye Wilber:

En resumen, en el nivel del centauro se alberga:

1. La autorrealización
2. El significado y
3. Las preocupaciones existenciales referidas a la vida y la muerte.

Esa tercera consecuencia es eco de la afirmación intuitivo-profética de Saint-Exuperie, cuando afirma que “lo que da sentido a la muerte da sentido a la vida.”

Para concluir, permítanme hacer referencia a la magnífica obra del doctor Victor Frankl, *El hombre en busca del sentido íntimo*, con el subtítulo: *El análisis existencial y la conciencia espiritual del ser humano*, libro donde habla de religiosidad y espiritualidad y en cuya página final leemos:

Señoras y caballeros, tras haber propuesto una definición operacional de la religión tan imparcial y neutral que incluye tanto al ateísmo como al agnosticismo, creo hallarme en lo cierto al afirmar que:

1. Como psiquiatra, estaba capacitado para tratar temas de religión.
2. Me sigo considerando psiquiatra, al haber basado toda mi presentación considerando la religión como un fenómeno humano... como el punto visible del más humano de los fenómenos humanos, el deseo de dar sentido a la vida. La religión se revela como la realización de lo que llamamos *el deseo de llegar a un significado último*.

Por cierto, mi definición es igual a la que ofreció Albert Einstein en 1950: “ser religioso consiste en haber encontrado una respuesta a la pregunta ¿cuál es el sentido de la vida?...”, y la propuesta por Ludwig Wittgenstein en 1960: “creer en Dios es comprobar que la vida tiene sentido.” (pp. 203-204).

Amigos, ojalá estas reflexiones nos ayuden para que en la Gestalt que ofrecemos no borremos la espiritualidad de la visión integradora de la conciencia y del mundo. Así, hagamos un mundo más humano y un ser humano más integrado a nuestro mundo. Que el centauro que habita en cada uno descubra “el espíritu del humanismo y el humanismo del espíritu”. Mil gracias por su paciencia.